

los arcos, los detalles más insignificantes no son más que una reproducción de lo que constituye los claustros de Montesión y de Junqueras, y el patio del palacio de la Diputación de Barcelona. ¡Son tan bellas estas líneas! Entre esas columnas tan delgadas, al través de esos arcos tan graciosos vese el agua de una fuente saltando á borbotones, árboles que mecen sobre ella sus ramajes, yerbas en cuyas hojas ligeramente salpicadas se reflejan todos los colores de la luz, azucenas y violetas que abren su modesto cáliz; ¡hay aquí entre el arte y la naturaleza un enlace tan feliz, tanta armonía (a)! Descansa aquí, oh viajero, de las fatigas del camino, refresca aquí tus sentidos y síguenos luego por las orillas del Ter hasta la villa de Ripoll (b).

Ripoll

* En esta triste villa á cuyo pié el Ter y el Frezer mezclan tranquilamente sus aguas, apenas se descubren más que las huellas de nuestras devastadoras guerras civiles. No hace aún diez años era la reina de su comarca; la industria disputaba en ella su trono á la agricultura; las aguas gemían avasalladas dentro vastas exclusas y precipitándose luego sobre grandes ruedas ponían en movimiento numerosas máquinas; las montañas repetían día y noche los cantos de los artesanos y el estruendo de los talleres. El Ter reflejaba en toda su extensión la sombra de mil caballerías que cargadas de productos fatigaban sin cesar

(a) Consérvanse en esta iglesia preciosos frontales de altar pertenecientes á la Edad media, así como varias alhajas y ornamentos del culto de mucho interés arqueológico.

Además del templo descrito, existe en la villa el de San Pol, reconstruido en el siglo pasado, pero que conserva aún la portada, el triple ábside y la base del cimborio de la primitiva fábrica románica que databa del siglo x; así como un típico puente sobre el Ter, que hizo restaurar en 1130 el abad Arnaldo.

(b) Desde San Juan de las Abadesas puede el viajero tomar la línea férrea que se dirige á Ripoll y de allí á Vich y Barcelona, línea construída principalmente para la extracción de los carbones de las minas de Surroca y Ogassa próximas á San Juan.

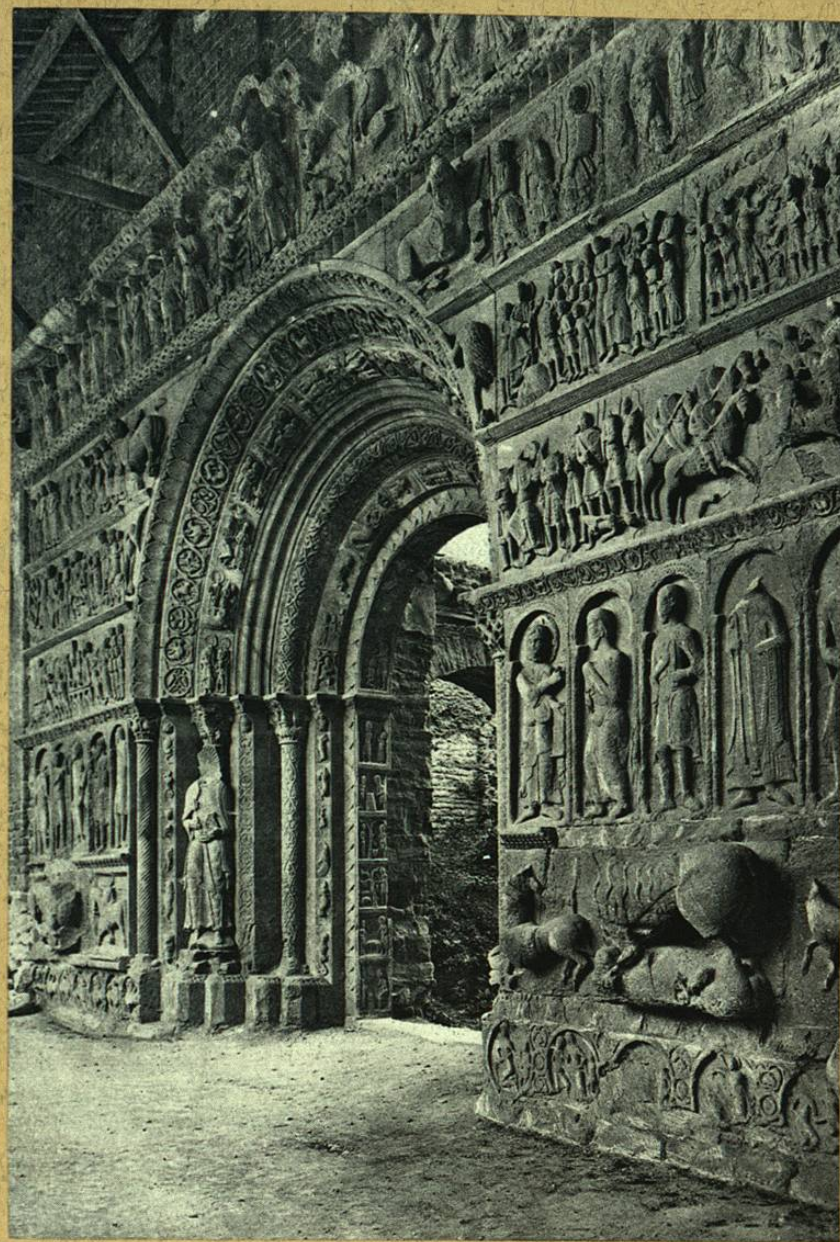
el eco de sus orillas montañosas; en la villa, en torno de la villa, fuera de la villa todo era animación y movimiento.—Hoy... casi todo son ruinas: están rotos sus puentes, caídas sus murallas, derribadas y ahumadas por el incendio sus casas, desiertas las más de sus calles. Nada de lo de diez años atrás está en pié: lo que existe fué levantado ayer con los mismos escombros de lo antiguo; las casas que son asiento de sus nuevos moradores han sido reedificadas sobre los restos de las paredes derruídas. ¡Ah! ¿vas á preguntar, viajero, quién redujo la villa á tan lastimoso estado?... Fué la guerra civil: Ripoll fué desgraciadamente una de sus víctimas más sangrientas: después de una lucha prolongada tuvo que ceder á la fuerza de su destino y no pudo encontrar piedad en el corazón de sus vencedores. Fué pasada por la espada y entregada al incendio: se vió huérfana de sus hijos y poblada por sus enemigos. La vista de su lamentable ruina lejos de apagar el odio de sus arruinadores, no hizo más que encender de día en día su furor y tuvo que bajar hasta el fondo del abismo de su desgracia.—No pretendas saber ahora el nombre del bando que la asoló: baste saber que eran españoles. En las guerras civiles, como no es decoroso insultar la miseria del vencido, no es tampoco justo ensañarse contra el furor del vencedor. De los dos partidos en lucha si el uno destruyó la villa, destruyó el otro el monasterio, el famoso monasterio de Vifredo el Velloso, panteón de los condes de Barcelona, sepulcro de los de Besalú, precioso archivo de la historia de los siglos medios, monumento arquitectónico donde estaba vivamente reflejado el pensamiento de toda una época (a). Si nos estremecemos de terror ante las ruinas de la villa, ¿cómo podremos dejar de estremecernos de cólera ante los restos del monasterio, sobre todo

(a) Estos sentidos párrafos hacen referencia al terrible asedio que sufrió la villa en la primera guerra civil. Restaurada con el transcurso de los años, presenta hoy otra vez un aspecto animado y alegre, por el movimiento que en ella se nota y por ser modernos casi todos sus edificios. Enlazada con la capital del Principado por la línea férrea, ha visto renacer su industria, que está en vías de rápido progreso.

si por ellos llega á recomponerlo la fantasía, y á penetrar la razón el sentido profundo que en él encerraron los sentimientos religiosos?

* ¿Puede acaso presentar la historia del arte una página más completa que la de la fachada de este monumento? ¿Dónde podremos ver como en ella esa aterradora tranquilidad de líneas, esa rudeza y severidad de formas, ese lujo de adornos, esa aglomeración de esculturas extrañas y al parecer incoherentes como de hombres y de fieras, de ángeles y de monstruos, de seres reales y de seres fantásticos, ese infinito simbolismo, por fin, que ha caracterizado la arquitectura de todas las naciones sujetas al poder de la teocracia, la de la India, la del Egipto, la de Méjico, la de la Europa cristiana de la primera mitad de la Edad media? Constitúyela un cuerpo cuadrangular avanzado, en cuyo centro da paso á la iglesia la plena cimbra concéntrica, apoyada en dos recios paredones cortados en ángulos entrantes y salientes. En el segundo ángulo entrante dos pedestales extraños, que descansan aparentemente sobre alas de aves fantásticas, sostienen dos figuras de tamaño natural, imagen de San Pedro y de San Pablo, que llevan sobre su cabeza ya rota un capitel cónico raramente historiado: en los demás ocupan el lugar de las figuras columnitas adornadas en toda su extensión de ricas labores, cuyas bases y capiteles guardan las formas y proporciones generales de las del orden corintio. Los ángulos salientes, cortados en su vértice, no presentan sino un plano sumamente estrecho en que están trabajados en relieve ya follajes combinados con grande inteligencia, ya figuras de peces y reptiles ó monstruosas cabezas humanas de un aspecto feo y repugnante. De ellos y de las columnas y figuras que adornan los entrantes, todo lo cual está coronado de una especie de abaco corrido, parten los arcos concéntricos ya mentados, en cuyo ancho intrados hay hojas, entrelazos y un gran número de relieves, que, al decir de muchos, representan las escenas más capitales de la vida de los dos Apóstoles. Es digna de particular atención entre

RIPOLL



Portada del monasterio

estas cimbras la última del fondo, más regular que las otras, de mucha mayor profundidad, y en general bastante bien conservada. Está dividida en altos recuadros que contienen representaciones de patriarcas y de santos; y apoyada en jambas que presentan doce relieves, en que no sin razón pretenden ver algunos la alegoría ó símbolo de los doce meses.

* El plano en que están abiertas las cimbras tiene, si cabe, mayor interés artístico é histórico. Está dividido en siete compartimentos cubiertos de relieves, bajo cuya cornisa, cortada en su centro en forma de arco y sostenida por algunos modillones, está sentada en un trono la figura de Dios Padre, adorada por algunos ángeles, puestos entre los símbolos de dos evangelistas, y servida por una serie de príncipes, la mayor parte con corona, que, al parecer, van de entrambos lados á presentarle sus ofrendas. Debajo de estas figuras, que ocupan el primer compartimento, vense en el segundo y el tercero, bajo una línea de piedras prismáticas y un cordón hermosamente labrado, otras distribuidas en diversos grupos, que representan, al decir de los cronistas del monasterio, escenas del Nuevo y Antiguo Testamento; y junto al extrados de las cimbras los símbolos de otros dos evangelistas sobre dos gallardos cisnes. Figuran en el cuarto que baja hasta encontrar la cornisa de los arcos concéntricos, á la derecha una batalla entre infantes y gente de á caballo, y á la izquierda el asalto de una ciudad en que al través de unos arcos se ve á los habitantes durmiendo sosegadamente y sobre las murallas á algunos soldados asomando entre las almenas la cabeza. El quinto casi de doble altura contiene bajo cinco arcos sostenidos por ligeras columnitas ya á un príncipe entre tres prelados y Jesucristo que los está al parecer bendiciendo, ya al mismo magnate sentado entre cuatro músicos en un mezzquino trono. Campean en el sexto, en grandes relieves, un centauro peleando con un león que sujeta á otra fiera entre sus garras, y un caballero armado de punta en blanco alanceando otro león, tras el cual se ve en actitud de huir á un escudero;

y en el séptimo una línea de figuritas encerradas en doce pequeños escudos formados por un entrelazo. ¿Es acaso el príncipe mencionado el fundador del monasterio? ¿es uno de sus principales bienhechores? ¿qué significan esas luchas entre caballeros y leones? ¿Cómo pudo tener cabida en esa página tan altamente religiosa un centauro, monstruo creado por la mitología griega? ¿Qué puede expresar, por fin, el conjunto de esta fachada del siglo XI, quizás la más completa de cuantas existen en España? El alfabeto en que están escritas esas grandes creaciones poéticas es ya tan desconocido como los símbolos de la India y los geroglíficos de Egipto: el día en que una observación constante y profunda descubra lo que significa, quizás leeremos mejor la historia en las paredes de los monumentos que en las crónicas y en los manuscritos.

* Esta bella fachada conduce al interior del templo, envuelto ya en gran parte entre sus propias ruinas. Al entrar en él, desaparece á los ojos del viajero la homogeneidad; vense allí en mezcla confusa todas las formas y todos los estilos: la cimbra y la ojiva, el pilar cuadrado y la columna greco-romana, la bóveda de cañón seguido y la bóveda por arista, el mosaico bizantino y el bajo-relieve gótico, los grandes sillares romanos y las pequeñas piedras del último tercio de la Edad media. Desde el siglo IX acá han puesto la mano en él todas las épocas y casi todos los siglos. El IX y el XI construyeron su nave central cuyas bóvedas por arista (a) descansan en grandes paredes macizas cortadas en su parte inferior por ocho cimbras sumamente bajas: el XI levantó su crucero y su ábside semicircular, separados del árbol de la cruz por una hermosa y alta escalinata; el XII, el XIII, el XIV, el XV, cubrieron sus paredes de sepulcros y enriquecieron sus capillas con bellos altares de mármol, de que no quedan ya sino fragmentos; el XVI sentó sobre las ruinas

(a) Las bóvedas ojivales de la nave central fueron construídas en el siglo XV después de los terribles terremotos que asolaron gran parte de Cataluña.

del coro antiguo otro de la decadencia gótica en cuyo trascoro fueron colocados los sepulcros de dos abades; los posteriores, restaurando, embadurnaron gran parte del templo, y levantaron además de sus cimientos las dos naves laterales, frías y sin armonía alguna ni con los detalles ni con el conjunto. En medio de esta confusión de formas hay, sin embargo, un estilo dominante, el del siglo IX, estilo para nosotros casi indefinible que ni merece el nombre de bizantino ni el de romano bizantino, ni merece en rigor ser llamado estilo por no ser sino la última degeneración del que Roma legó á la Europa bárbara. La ojiva no aparece aquí sino en las bóvedas; en el ábside, en las ocho capillas abiertas en el crucero, en la parte inferior de la nave central no asoma otro arco que el de plena cimbra: y ¿qué cimbra! Cuando la arquitectura romana la adoptó como su trazo más característico, la apoyó casi siempre en el entablamento griego; cuando se apoderó de ella la arquitectura latina, la cargó ya directamente sobre los abacos; cuando después de la invasión de los germanos la levantó de entre escombros la ignorancia y la barbarie, se la vió descender con rapidez del abaco al capitel, del capitel al collarino, del collarino al fuste de la columna, del fuste de la columna al suelo. De vertebrada pasó á ser maciza; perdió sus antiguas dovelas y su clave; y debió desde entonces suplir por su fuerza propia la que antes recibía de la inteligencia de su constructor. Así lo manifiestan los monumentos de todos los países, donde no pudo penetrar en aquellos siglos oscuros la nueva civilización de oriente; en ese último grado de decaimiento la vemos en esta iglesia de Ripoll, donde los pilares que la sostienen son la continuación de la misma curva, sin que entre ésta y aquellos aparezca una sola línea divisoria; donde no se descubren siquiera las piedras que la componen.

* El presbiterio y el crucero, cuyo pavimento adornado de un bello mosaico cubren hoy las ruinas del altar mayor y las piedras caídas de las bóvedas, ofrecen también las mismas líneas